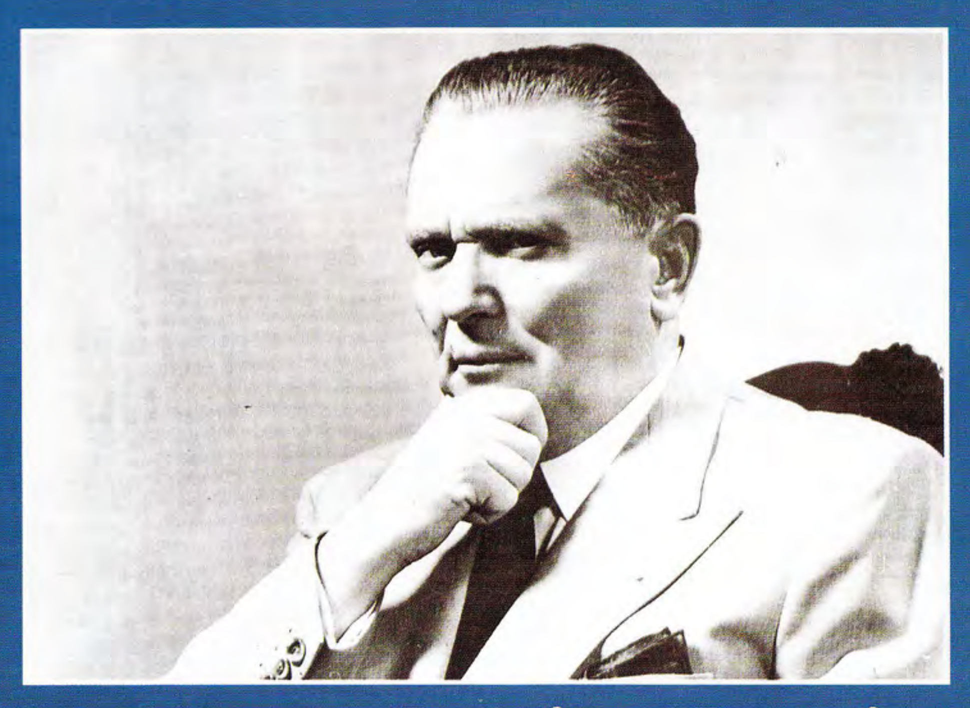
CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

29



La Yugoslavia de Tito

Julio Gil Pecharromán

295 ptas

Historia 16



INFORMACION E HISTORIA, S. L.
PRESIDENTE: Isabel de Azcárate.
ADMINISTRADOR UNICO: Juan Tomás de Salas.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
GERENCIA: Félix Carpintero.

Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid: Calle Rufino González, 34 bis. 28037 Madrid. Teléfonos 327 11 42 y 327 10 94.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08022 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 368 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

IMPRIME: Rivadeneyra, S. A.
DISTRIBUYE: INDISA. Rufino González, 34 bis. Teléfono: 586 31 00. 28037 Madrid.
P.V.P. Canarias: 320 ptas.
ISBN: 84-7679-271-9
Depósito legal: M-363-1994

CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

Coordinación:

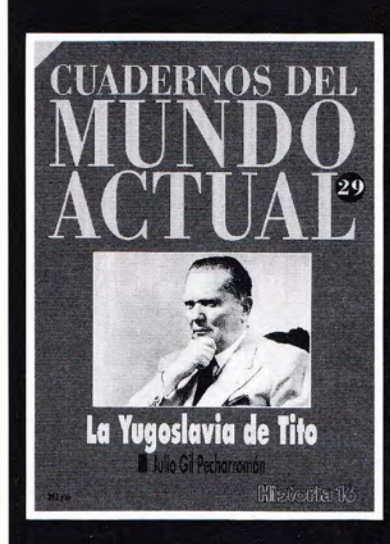
Angel Bahamonde Magro, Julio Gil Pecharromán, Elena Hernández Sandoica y Rosario de la Torre del Río

Universidad Complutense
UNED

INDICE

La Yugoslavia de Tito

Julio Gil Pecharromán



***Josip Broz* Tito en una fotografía de los años sesenta**



Tito, *cuando era el jefe de las guerrillas comunistas que combatían a los alemanes en Bosnia-Herzegovina*

La Yugoslavia de Tito

Por Julio Gil Pecharromán
Profesor titular de Historia Contemporánea. UNED

Josip Broz, a quien la historia conoce con el alias de *Tito,* nació el 7 de mayo de 1892 (algunas fuentes dan el 25 de mayo como fecha de su nacimiento, pero hoy se admite generalmente la fecha del 7) en la aldea croata de Kumrovec, entonces perteneciente al Imperio Austro-Húngaro. Era el séptimo de los quince hijos de Franjo y Marija Broz, un matrimonio campesino que se esforzaba en sacar adelante a su numerosa prole trabajando las cuatro hectáreas de terreno que poseían en las proximidades de la aldea. Criado en un medio muy pobre, Josip no pudo ir a la escuela hasta los ocho años, y a los doce concluyó su muy sumaria instrucción escolar. En 1907, se trasladó a la pequeña ciudad de Sisak para trabajar como pinche en un restaurante. Logró luego colocación como aprendiz de cerrajero en un taller y cursó estudios de mecánica en la escuela nocturna de la localidad. A los dieciocho años, con el certificado de capacitación profesional en el bolsillo, se despidió del pequeño taller y se trasladó a Zagreb, la capital de Croacia, donde encontró trabajo como metalúrgico.

Broz no era en esta época un revolucionario, sino un joven ambicioso y capaz, atento a mejorar su posición personal y a labrarse un porvenir como obrero especializado. Había tenido ya algunos contactos con el movimiento obrero durante su etapa de aprendizaje, pero hasta octubre de 1910 no se decidió a afiliarse al Sindicato de Trabajadores del Metal, si bien ello no implicó una dedicación a las tareas sindicales. Su carácter inquieto le llevaba a cambiar continuamente de lugar de trabajo en busca de mejores condiciones. A comienzos de 1911 emigró a Liubliana, la capital de Eslovenia, pero no encontró empleo allí, ni en el puerto adriático de Trieste, por lo que se decidió a volver al hogar familiar sin un céntimo en el bolsillo. Kumrovec no era, sin embargo, un lugar donde pudiera prosperar un metalúrgico, y enseguida tuvo que reanudar su peregrinaje laboral por Centroeuropa: primero Zagreb, luego Liubliana, después la ciudad bohemia de Pilsen, más tarde las ciudades alemanas de Munich y Mannheim y, desde octubre de 1912, Viena, donde residió en casa de uno de sus hermanos. Entretanto, Josip había mantenido su militancia sindical e ingresado en el Partido Socialdemócrata de Croacia.

En 1913, al cumplir los veintiún años, regresó a su tierra natal para realizar el servicio militar. Allí, sus dotes de mando y su habilidad con la espada —había aprendido esgrima en Viena— le valieron el ascenso a

sargento. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, su regimiento tomó parte en el ataque austro-húngaro a Serbia. Pero entre las tropas de origen croata la guerra era muy impopular, y algunos comentarios antimilitaristas llevaron a Broz a comienzos de 1915 a la prisión de Petrovaradin, si bien los cargos fueron retirados rápidamente y él reincorporado a su unidad, que ahora combatía a los rusos en los Cárpatos. Allí conoció las penalidades de la guerra de posiciones y fue condecorado por su valor, pero su estancia en el frente fue corta. El 25 de marzo, cuando dirigía una patrulla de reconocimiento, resultó gravemente herido por la lanza de un jinete cosaco y cayó prisionero de los rusos. Enviado a un hospital en Sviashsk, cerca de Kazán, estuvo al borde de la muerte y durante la convalecencia enfermó de tifus, pero logró sobrevivir y terminó en un campo de prisioneros en Perm, en la región de los Urales.

Trabajaba en la reparación de la vía férrea transiberiana cuando, en marzo de 1917, llegaron las noticias de la revolución en Petrogrado y de la caída del zarismo. Entre los prisioneros se extendió la esperanza de un pronto final de la guerra, pero pasaban las semanas y su condición no mejoraba. Harto de esperar, a finales de abril Josip escapó del campo de trabajo, adquirió un traje civil de segunda mano y, con la complicidad de uno de los ingenieros que dirigían las obras del ferrocarril, embarcó como pasajero clandestino en un tren, rumbo a Petrogrado. El croata llegó a la capital de Rusia a finales de junio y encontró refugio en el domicilio de un bolchevique de origen polaco, hijo de un compañero de cautiverio. Sin documentación ni trabajo, su situación era sumamente precaria y cuando, en el mes de julio, el Gobierno provisional abortó un levantamiento bolchevique, se vio precisado a huir de nuevo. Pretendía dirigirse a Finlandia, pero fue detenido cerca de la frontera y encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo, donde fue tratado como un revolucionario. Al confesar en los interrogatorios que era un prisionero de guerra, las autoridades decretaron su devolución al campo del que se había fugado. Pero Broz no estaba dispuesto a conseguirlo y, en el trayecto, logró escapar del tren y anduvo errante una temporada por la Siberia occidental hasta que, el 8 de noviembre, fue detenido por una patrulla cerca de Omsk. Pocas horas antes, los bolcheviques se habían hecho con el poder en Petrogrado, y se le ofreció la oportunidad de enrolarse en la Guardia Roja Internacional, integrada por ex prisioneros de guerra.

El croata llegó a la capital de Rusia a finales de junio y encontró refugio en el domicilio de un bolchevique de origen polaco, que era hijo de un compañero de cautiverio

Durante los primeros meses del año 1918, combatió en Siberia a las tropas *blancas,* que se oponían a los bolcheviques. En junio, Omsk cayó en poder de la Legión Checa, y Josip, perdido el contacto con sus compañeros, tuvo que buscar refugio entre los aldeanos rusos y luego entre los nómadas kirguises hasta que, a finales de 1919, retornaron los guardias rojos a la región. Se afilió entonces al Partido Bolchevique ruso y, en enero de 1920 contrajo matrimonio con Pelagia Belusova, una joven de dieciséis años que le había dado refugio meses atrás. Nada le retenía ahora en Rusia, y a mediados de año se puso al frente de un grupo de ex prisioneros croatas que retornaban a sus casas. Tras un largo viaje por Alemania y Austria, el matrimonio Broz llegó al hogar familiar de Kumrovec en octubre de ese mismo año (1920).

El ascenso de un líder

La Croacia a la que retornaba Josip era, desde el año anterior, parte del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos. El naciente Estado yugoslavo se asentaba sobre la voluntad de los vencedores de la Gran Guerra y sobre el acuerdo entre las fuerzas *yugoslavistas* de Serbia, Montenegro y las provincias sudeslavas de la desaparecida Austria-Hungría. Pero sobre su evolución pesaría siempre el equívoco que estaba en el origen de su creación. Los serbios habían forjado su reino a lo largo de más de un siglo de guerras de liberación contra turcos y austríacos. Los radicales de Nikola Pasich, el par-

tido con mayores apoyos entre la población de Serbia, entendían la creación de Yugoslavia como la fase terminal de la expansión de su país, convertido en el elemento aglutinador y dinamizante de un Estado unitario en el que, por su condición de *libertadores,* los serbios debían ocupar un lugar preponderante. Por su parte, los ciudadanos de los antiguos países hasbúrgicos, herederos de la tradición parlamentaria y pactista del Imperio Austro-Húngaro, se consideraban superiores cultural y económicamente a sus vecinos, y en ningún caso estaban dispuestos a renunciar a su concepción de un Estado federal integrado por tres *naciones* en favor del modelo unitario serbio. Los croatas, cuya tradición independentista era muy viva, exhibieron una irreductible intransigencia en demanda de paridad con Serbia y en defensa de su autonomía política, religiosa —eslovenos y croatas eran católicos, frente a los serbios ortodoxos— y cultural.

La izquierda obrera se había visto precisada a unificar los partidos socialistas existentes en las diversas regiones de la Yugoslavia prebélica. Entre ellos existían importantes diferencias doctrinales. El Partido Socialista serbio se mantenía fiel al internacionalismo izquierdista, era partidario de reforzar la Federación Socialista Balcánica y en marzo de 1919 se adhirió a la Tercera Internacional. Por el contrario, croatas y eslovenos estaban más cerca de las posiciones de la socialdemocracia europea y del austromarxismo y rechazaban las tácticas bolcheviques. Por lo tanto, los socialistas serbios se habían unido a las minoritarias fracciones de izquierda de los partidos socialdemócratas de Croacia, Eslovenia y Bosnia-Herzegovina para fundar el Partido Socialista Obrero Yugoslavo, convertido en junio de 1920 en Partido Comunista de Yugoslavia. Bajo la dirección de Sima Markovich, el PCY logró la adhesión del grueso del movimiento sindical y adoptó como base de su programa la implantación de una República soviética yugoslava —aunque se marginaba la cuestión de las nacionalidades— que formaría luego parte de una Federación balcánico-danubiana de repúblicas soviéticas. Sus rivales del ala derecha crearon, por su parte, un Partido Socialdemócrata de Yugoslavia. Las elecciones a la Asamblea Constituyente, celebradas a finales de ese año, situaron a los comunistas, con cincuenta y ocho diputados, como la tercera fuerza parlamentaria, con amplia implantación entre el proletariado urbano y los campesinos no propietarios del centro y el sur del país. Los socialdemócratas, con diez escaños, demostraron ser una formación minoritaria, con escasos apoyos fuera de Zagreb y Liubliana.

La Asamblea Constituyente resultó muy fragmentada entre más de una docena de grupos, la mayoría de los cuales representaba a etnias determinadas. Ni siquiera la alianza de los grandes partidos serbios, radicales y demócratas, socios en el Gobierno presidido por Pasich, bastaba para conseguir una mayoría parlamentaria y la oposición estaba encabezada por comunistas y campesinos croatas, republicanos y hostiles al nacionalismo panserbio. La vida de la Asamblea Constituyente se vio perturbada desde el comienzo por el conflicto entre centralistas y federalistas y por la actitud obstruccionista de los croatas. Rechazando desde el principio la negociación, el Partido Campesino, mayoritario en Croacia, se negó a concurrir al Parlamento. Ello facilitó la labor de los radicales que, dispuestos a imponer un proyecto constitucional marcadamente centralista, maniobraron hábilmente a fin de ganarse el apoyo de los demócratas de los terratenientes musulmanes, y de los agrarios eslovenos. Aún así, sólo el alejamiento del Parlamento de los campesinos croatas y la abstención de los comunistas permitió la aprobación de una Constitución inspirada en la de la Serbia de preguerra, que establecía un Estado unitario, una Asamblea Nacional unicameral, la *Skupstina,* y una Administración centralizada y controlada por un Gobierno básicamente responsable ante el rey.

Los comunistas, duramente perseguidos por las autoridades, que habían ilegalizado la mayor parte de sus organizaciones, se embarcaron en la acción terrorista

La andadura de la nueva Constitución tuvo un comienzo ominoso. El Partido Campesino se negó a acatarla y a retornar al Parlamento. Los comunistas, duramente perse-

guidos por las autoridades, que habían ilegalizado la mayor parte de sus organizaciones, se embarcaron en la acción terrorista. Durante la ceremonia de promulgación de la Constitución, el 28 de junio de 1921, estalló una bomba, dirigida a matar al regente, príncipe Alejandro. Un mes después, el ministro del Interior fue asesinado por un comunista bosnio, perteneciente a una célula denominada *Justicia Roja*. El gobierno aprovechó ambos atentados para promulgar una Ley de Protección de la Seguridad Pública que terminó de colocar fuera de la ley al PCY y a sus organizaciones afines, mientras sus diputados eran expulsados del Parlamento. El comunismo yugoslavo, hasta ese momento la tercera fuerza política del país, iniciaba así dos décadas de existencia clandestina.

Josip Broz regresaba a un país políticamente convulsionado y enfrentado a una grave crisis económica. Se afilió al Partido Comunista, pero su preocupación fundamental era sacar adelante a su familia, que en los primeros años veinte se incrementó con la llegada de tres hijos, de los que sólo sobreviviría uno, Zarko. Encontró trabajo como cerrajero en Zagreb, pero fue despedido al poco tiempo y, a falta de otra cosa, hubo de hacerse cargo de un molino de harina en la aldea de Veliko Trojstvo. Allí, en el medio rural que tan bien conocía, llevó una existencia tranquila hasta que, en 1923, trabó relación con un compañero de partido, Stepan Sabich, como él antiguo prisionero en Rusia y combatiente bolchevique, que le convenció para que participara en la campaña electoral que, bajo la cobertura de Partido Laborista, desarrollaba el PCY. Poco a poco, el croata se fue integrando en las tareas de la clandestinidad, como activista de los legales Sindicatos Independientes, y como cuadro local del partido. Fichado por la policía, sufrió una breve detención en la cárcel de Bielovar en 1924, y perdió su empleo en el molino al año siguiente. Inició entonces un nuevo peregrinaje laboral: los astilleros de Kralievica, un taller metalúrgico en Zagreb, una gran fundición en Smederevska Palanka, cerca de Belgrado... En todas partes combinaba su trabajo legal con la actividad clandestina en las células del partido y de los sindicatos. Finalmente, en abril de 1927, fue nombrado secretario del Sindicato del Metal de Zagreb y miembro del Comité del PCY en la ciudad. Pero tan sólo dos meses después fue detenido por repartir propaganda y, tras realizar una huelga de hambre en demanda de un juicio rápido, fue condenado a siete meses de cárcel, si bien había quedado en libertad bajo fianza y no se presentó a cumplir la condena.

Broz se dedicó durante estos años a leer y a adquirir una formación teórica marxista, por lo que luego lo definiría como su paso por la Universidad comunista

La vida del clandestino PCY, que apenas llegaba a los tres mil afiliados, era muy agitada. Sus dirigentes residían en el exilio, los activistas vivían siempre a un paso de la cárcel y las querellas internas eran habituales. Los partidarios del federalismo se enfrentaban a quienes defendían una Yugoslavia unitaria, y las pugnas entre los estalinistas y sus adversarios reproducían las que se desarrollaban en el seno de la Komintern. Frente al serbio Markovich, que defendía la línea unitaria y criticaba los nacionalismos como actitudes burguesas, Broz se alineaba en estos años con el sector que, con el beneplácito de Stalin, defendía el federalismo y el derecho a la autodeterminación de las nacionalidades. En marzo de 1928, con el apoyo de los militantes más críticos de la dirección central, fue elegido secretario de la organización regional del PCY en Eslovenia y Croacia y asumió un fuerte protagonismo en la organización de las manifestaciones del Primero de Mayo. Por aquellos días, la Komintern hizo llegar una carta abierta al partido, criticando su fraccionalismo y atacando al equipo dirigente que, con Markovic a la cabeza, fue depuesto y sustituido por otro en el que figuraba como secretario general un funcionario de la Tercera Internacional, Djuro Djakovich. En armonía con la nueva dirección del partido, Broz entró en el Politburó del Comité Central, convirtiéndose así en una de sus principales figuras. Pero era ya demasiado conocido por la policía. El 3 de agosto, el líder campesino croata, Radich, fue asesinado en el Parlamento por un dipu-

Formación del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos a partir de Serbia y de Austria-Hungría

DESMEMBRAMIENTO DEL IMPERIO AUSTRO-HUNGARO

- El imperio austro-húngaro en 1914
- Estados surgidos de los tratados de paz
- Estados que incorporan territorios del imperio
- Zonas de plebiscito

POLONIA
Vistula
GALITZIA
OCCIDENTAL
ORIENTAL
Prot. hasta 1923
Checosl. 1919, Polonia 1920
Teschen
RSFSR
Elba
Praga
BOHEMIA
ALEMANIA
CHECOSLOVAQUIA
ESLOVAQUIA
RUTENIA
Dniester
BUKOVINA
Viena
AUSTRIA
Tisza
Budapest
Burgeland. Plebiscito 14-XII-21
Ocup. por los rumanos, agosto 1919
BESARABIA
ALTO ADIGIO
HUNGRIA
TRANSILVANIA
MOLDAVIA
RUMANIA
Klagenfurt. Plebiscito 10-X-20
Mures
ESLOVENIA
ISTRIA
CROACIA
BANATO
Fiume (ciudad libre 1920)
ITALIA
VALAQUIA
REINO DE LOS SERBIOS,
BOSNIA
Belgrado
Bucarest
Zara (Ital.)
(YUGOSLAVIA)
DALMACIA
SERBIA
CROATAS Y ESLOVENOS
MONTENEGRO
BULGARIA
Maritza
MACEDONIA
TURQUIA
ALBANIA
GRECIA

G. LLORENTE

tado montenegrino. Temiendo que estallasen disturbios en Croacia, las autoridades ordenaron una redada de opositores, y el flamante dirigente del comunismo regional fue detenido y condenado a cinco años de cárcel, acusado de atentar contra la seguridad del Estado. No obstante, el juicio, que Broz intentó convertir en un proceso político al régimen, contribuyó a incrementar su prestigio entre los comunistas yugoslavos y le dio a conocer en todo el país.

Cumplió su condena íntegra —más la no cumplida de 1927— en el penal de Lepoglava, en Croacia y en el de Maribor, en Eslovenia. En el primero conoció a Mosa Pijade, uno de los más destacados intelectuales del partido, que sería luego uno de sus más estrechos colaboradores. Perdida su mujer y su hijo, que habían regresado a la URSS, donde Pelagia no tardaría en volver a contraer matrimonio, Broz dedicó estos años a leer y a adquirir una formación teórica marxista, por lo que luego lo definiría como su paso por la *Universidad comunista*. Cuando quedó en libertad, en marzo de 1934, las cosas habían cambiado mucho en Yugoslavia. El rey Alejandro había terminado con el régimen parlamentario cinco años antes, y desde entonces existía una dictadura sumamente represiva, mientras los nacionalistas croatas y macedonios llevaban su enfrentamiento con Belgrado al terreno del terrorismo. Josep fue confinado en su aldea natal, bajo vigilancia policial, pero se las arregló para escapar, y se dirigió a Zagreb dispuesto a retomar su trabajo clandestino. En el lustro anterior, el PCY había sido duramente perseguido por la policía, que detuvo y asesinó a Djakovich en 1929. Los restos del Comité Central, encabezados por Tatko Martinovich, se establecieron entonces en Viena y lanzaron reiterados llamamientos a la sublevación, que sólo sirvieron para provocar detenciones masivas de militantes. Finalmente, en 1932 había ocupado la secretaría general el bosnio Milan Gorkich, quien desde el extranjero se esforzaba por reconstruir la organización interior bajo una estrecha supervisión de Moscú.

En los años 1938-39, el nuevo líder se preocupó, desde sus oficinas de Moscú, de la reorganización del partido en su país, bajo la estrecha vigilancia de la Komintern

En Zagreb, Broz recuperó la jefatura del comunismo croata y creó su propio equipo, pero no tardó en ser enviado a Viena, a fin de recibir instrucciones del CC. En la capital austríaca, a donde llegó en el verano de 1934, adoptó el pseudónimo de *Tito,* con el que en adelante sería conocido. Como otros activistas de la clandestinidad, Broz se había visto obligado a cambiar frecuentemente de alias para escapar de las pesquisas policiales. Entre los que utilizó en diversas épocas figuran Rudi, Spiridon Mekas, John Alexander Carlson, Otto Viktor, Georgevich, Jiricek, Slavko Babich y Walter. En Viena, se ganó la confianza de Gorkich y recibió instrucciones para realizar varias misiones en el interior, entre ellas la organización de una Conferencia secreta del partido en Liubliana. Pero la actividad clandestina se había tornado sumamente peligrosa a raíz del asesinato en Marsella del rey Alejandro, víctima de un atentado organizado por el grupo independentista croata *Ustasha,* que dirigía Ante Pavelich. Temiendo que cayera en poder de la policía, la Komintern ordenó a Tito viajar a Moscú a comienzos de 1935, donde se incorporó a su Secretaría Balcánica. Durante casi dos años, el yugoslavo trabajó como funcionario de la Internacional, asistió como delegado de su partido a las sesiones del VII Congreso de la Internacional, trabó relación con el búlgaro Georgui Dimitrov, una de sus más destacadas figuras, y se esforzó por mantenerse en un prudente segundo plano y en dejar patente su absoluta fidelidad a Stalin. Ello, posiblemente, le salvó de las brutales purgas que costaron la vida a otros dirigentes comunistas en la segunda mitad de la década.

En el otoño de 1936 fue enviado a París, con la misión de reorganizar el PCY en el interior de Yugoslavia, y de reclutar voluntarios de su país para las Brigadas Internacionales que combatían en la guerra civil española. Se entregó al trabajo con su energía habitual, y pronto se rodeó de un equipo de colaboradores cuidadosamente elegido, entre quienes figuraban serbios como Alexander Rankovich, montenegrinos como Milo-

van Djilas, croatas como Ivan (Lola) Ribar y Vladimir Bakarich, y eslovenos como Edvard Kardelj y Boris Kidrich. Cuando, en el verano de 1937, Milan Gorkich fue llamado a Moscú y ejecutado en el curso de una purga, Tito se vio envuelto en la lucha por su sucesión. En la disputa de la secretaría general hubo de enfrentarse a varios rivales, y a veces pareció a punto de ser derrotado, pero su intachable hoja de funcionario de la Komintern y el apoyo de Dimitrov, de Manuilski y de su amigo el dirigente comunista alemán Wilhem Pieck le sirvieron de escudo frente a la permanente amenaza de las purgas y finalmente pudo consolidarse al frente del PCY.

En los años 1938-39, el nuevo líder se preocupó, desde sus oficinas de Moscú, de la reorganización del partido, bajo la estrecha vigilancia de la Komintern. Tito acometió su propia purga de rivales en el seno del PCY, a los que expulsó acusándoles de *fraccionalismo* y *trotskismo* y pudo así construir un partido monolítico, encuadrado por veteranos de la guerra civil española y otros dirigentes leales a su persona. El pacto germano-soviético del verano de 1939, que provocó en las filas del comunismo yugoslavo idéntica desorientación a la que causó en otros países, sirvió para que Tito, que permanecía en Moscú traduciendo al serbocroata la *Historia del Partido Comunista Soviético*, de Stalin, mostrara, una vez más, su fidelidad a la dirección moscovita.

Los comunistas, encabezados por Tito, supieron capitalizar el espíritu de resistencia y la aspiración de grandes sectores de la población a la reunificación nacional

En enero de 1940, empezada ya la Segunda Guerra Mundial, obtuvo permiso de la Komintern para regresar a Yugoslavia. Con un pasaporte canadiense falso a nombre del ingeniero Spiridon Mekas, se trasladó a Estambul, y allí se hizo con un visado, también falsificado, que le permitió internarse en su país a bordo del *Orient Express*. Inmediatamente asumió la dirección del PCY en el interior y convocó la V Conferencia del partido, celebrada clandestinamente en Zagreb en octubre de 1940, que le designó oficialmente como secretario general y se pronunció en favor de la neutralidad de Yugoslavia en la guerra entre las potencias imperialistas, conforme exigía entonces la estrategia estalinista. Pero Tito y sus colaboradores eran conscientes de que el país se vería implicado antes o después en la guerra, e impulsaron los planes destinados a incrementar la militancia del partido y organizar la resistencia frente a una invasión de las potencias fascistas.

El movimiento partisano

En marzo de 1941, un golpe aliadófilo depuso en Belgrado al regente, príncipe Pablo, e instaló en el trono al joven rey Pedro. Hitler montó en cólera y ordenó a sus generales preparar la conquista del país, en el curso de una campaña que daría al Eje el control de los Balcanes. La invasión, iniciada el 6 de abril, fue una campaña relámpago en la que el mal armado ejército yugoslavo fue arrollado por las unidades acorazadas de la Wehrmacht. El día 14, el Alto Mando yugoslavo solicitaba el armisticio, mientras alemanes e italianos ultimaban la ocupación del país y lo dividían en diez porciones.

Pero, pese a la rápida y aparatosa derrota, Yugoslavia no había muerto. En las semanas siguientes a la capitulación, surgieron partidas guerrilleras en las zonas montañosas de Serbia, integradas por restos del Ejército real y por los miembros de las organizaciones patrióticas de excombatientes conocidos como *chetniks*. Herederos de la tradición guerrillera balcánica, los *chetniks* —palabra que procede de *cheta* (partida, o guerrilla)— eran fanáticos partidarios de la Gran Serbia, ortodoxos y monárquicos. Odiaban a los comunistas y a los croatas, a quienes consideraban culpables de la tragedia yugoslava. En las montañas de Sumadija, al sur de Belgrado, se hizo fuerte el coronel Dragoljub (Draza) Mihailovich, con un grupo de soldados al que se agregaron los *chetniks* de la región. Desde su cuartel general, en las laderas de Ravna Gora, emprendió una enérgica guerra de guerrillas contra el ocupante, que le valió el apoyo del Gobierno en el exilio y

atrajo a su lado a miles de serbios fugitivos de las matanzas desatadas por croatas y alemanes. Mihailovich, que fue reconocido como jefe de la Resistencia por los líderes *chetniks,* esperaba una pronta recuperación aliada que permitiera un desembarco británico en los Balcanes. En ese momento, sus milicias reconstituirían el Ejército regular serbio-yugoslavo y colaborarían en la restauración del rey Pedro y en la derrota militar del Eje. Pero mientras ello se producía, prefería esperar sin desgastarse y acumular pertrechos, dando algunos golpes bien calculados que justificaran el apoyo aliado a su movimiento, pero dispuesto a no provocar demasiado a los ocupantes italo-germanos.

Frente a esta política cautelosa, los comunistas supieron capitalizar el espíritu de resistencia y la aspiración de grandes sectores de la población a la reunificación nacional. En los meses anteriores a la invasión, el PCY había permanecido al margen de los acontecimientos y sus militantes no participaron en el golpe de Estado de marzo y, desde luego, no lamentaron la caída de una monarquía que les había perseguido sañudamente. Tras el colapso de abril, Tito había insistido en el mantenimiento de la unidad del partido por encima de la fragmentación del país y de los intereses de las nacionalidades. El PCY era una organización todavía pequeña —unos 6.000 miembros en 1940, más otros 30.000 de la Unión de Juventudes Comunistas— pero mantenía intacta su organización clandestina y a punto sus planes de sabotaje económico y subversión política. Se apoyaba, además, en una considerable masa de simpatizantes no afiliados y el medio millar de ex brigadistas de la guerra de España garantizaban la creación de una estructura militar. Aun respetando las consignas de pasividad emanadas de Moscú, el Comité Central aprobó a finales de abril de 1941 una línea política que hacía hincapié en el mantenimiento de la unidad de Yugoslavia y en la preparación de la lucha antifascista. Por esas fechas, Tito trasladó su oficina política de Zagreb a Belgrado, a salvo de las pesquisas de los *ustashi* e impartió instrucciones a las células del partido a fin de que se preparasen para la lucha armada, creando comités locales de milicias y adiestrando a todos sus miembros en el manejo de las armas.

La invasión alemana de la URSS, iniciada el 22 de junio, permitió por fin a los comunistas yugoslavos lanzarse a la acción. El 4 de julio, el Politburó tomaba el acuerdo de desencadenar una insurrección nacional. Tito dio a conocer la medida en una proclama a los trabajadores yugoslavos: *Ha sonado la hora de tomar las armas para defender vuestra libertad contra los agresores fascistas. Cumplid vuestro deber en el combate por la libertad, bajo la dirección del Partido Comunista yugoslavo. La guerra de la Unión Soviética es vuestra guerra, porque la Unión Soviética lucha contra vuestros enemigos. Cumplid con vuestro deber de proletarios. No permitáis que el heroico pueblo soviético vierta en solitario la preciosa sangre de sus jóvenes.*

El movimiento encontró un amplio eco en gran parte de Serbia y en las zonas de Bosnia y de Croacia habitadas por la minoría serbia, así como en Montenegro, donde la sublevación sorprendió mal preparadas a las guarniciones italianas. A fin de dar mayor cobertura a un movimiento que se pretendía patriótico, los dirigentes comunistas impulsaron un organismo político-militar, el *Movimiento de Liberación Nacional de todos los pueblos de Yugoslavia,* controlado por su partido, pero a cuyos miembros





EL DESMEMBRAMIENTO DE YUGOSLAVIA, 1941

no se les exigía una militancia política determinada. En líneas generales, el MLN respondía al modelo de *frentes democráticos* que, en toda la Europa ocupada, iban a permitir a los comunistas romper su aislamiento político y convertirse en aliados privilegiados de los partidos democráticos de la preguerra. Pero el caso yugoslavo era peculiar. Aquí, pese a las exhortaciones a la prudencia procedentes de Moscú, los comunistas impusieron desde el principio lo que F. Claudín ha denominado *una revolución sin permiso,* que implicaba desde sus primeras etapas el establecimiento de un modelo so-



EL DESMEMBRAMIENTO DE YUGOSLAVIA, 1941

cialista mediante la abierta subordinación al PCY de las restantes fuerzas integradas en el MLN y el desarrollo de un modelo de guerra popular revolucionaria que suponía una ruptura manifiesta con el orden político de preguerra. A diferencia de los partidos comunistas más fieles a las tácticas estalinistas, los titistas se negaron a cualquier alianza con la Resistencia monárquica —que contaba con el reconocimiento de la URSS—y no dudaron en sostener una auténtica guerra civil contra los *chetniks,* a los que no sin razón acusaban de pasividad y colaboración con el Eje.

El desarrollo de la guerra revolucionaria representaba admitir un elevado coste en vidas y sufrimientos para la población. Los partisanos no temían, como los *chetniks,* las brutales represalias alemanas. Creían, al contrario, que la política de terror desarrollada por el ocupante era un medio muy eficaz para provocar en la población un estado de ánimo propenso al apoyo a la lucha armada. Su estrategia se basaría, pues, en infligir al enemigo continuos y sangrientos golpes, manteniendo al país en un perpetuo estado de rebelión hasta que su movimiento fuera lo suficientemente fuerte como para derrotar a las fuerzas de ocupación y reconstruir la unidad nacional bajo hegemonía comunista. En la mejor tradición guerrillera del *tip and run* —golpea y corre—, sus destacamentos se desplazaban con enorme rapidez, dando frecuentes golpes de mano pero sin perder nunca el contacto con el mando central. Cuando atacaban una localidad, procedían a cortar las comunicaciones del enemigo y a establecer en ella un Comité de Liberación Popular, que sustituía a las autoridades municipales. Luego, si no podían consolidar la posición ganada, se retiraban antes de que llegasen las fuerzas enemigas. Tito, que asumió plenamente el mando militar, impartió en este sentido consignas muy claras: *Nada de lucha frontal, sino mediante destacamentos de guerrilleros, nutridos, con desplazamientos rápidos y actuando al mismo tiempo, sólidamente ligados entre sí por mediación de los Estados Mayores; tan pronto se reunirán en grandes unidades de ataque para aceptar el combate impuesto por el enemigo, tan pronto se dispersarán para asestar al enemigo golpes inesperados y desaparecer a continuación rápidamente del lugar de la lucha (...) Ofensiva y acción sin descanso, infiltración audaz en la retaguardia de las líneas enemigas, movimiento ininterrumpido con acción y lucha: esto es lo que pido a todos los jefes de unidad.*

A lo largo del verano hubo de proceder, una vez más, a recomponer el dispositivo militar y a establecer una zona liberada pero el ejército partisano se recuperó

En septiembre de 1941, los *destacamentos partisanos* controlaban la región situada al oeste del Morava y se sintieron suficientemente fuertes como para ocupar la ciudad de Ucize y convertirla en capital de una *república soviética,* sede del MLN y del Cuartel General, al que estaban adscritos oficiales del desaparecido Ejército real y los miembros del Politburó. A comienzos del otoño, los partisanos controlaban un amplio corredor, desde Montenegro hasta las proximidades de Belgrado, y mantenían zonas liberadas autónomas, gobernadas por Comités de Liberación Popular, en Dalmacia, Eslovenia, Bosnia y Macedonia. Sus efectivos bélicos se cifraban en unos 70.000 hombres, de los que sólo una parte eran comunistas, agrupados en sesenta y siete destacamentos y diez batallones especiales. Los éxitos de los partisanos animaron a Mihailovich a buscar un entendimiento. Una entrevista con Tito, celebrada en Struganik el 19 de septiembre de 1941, mostró las dificultades de los dos sectores para llegar a un entendimiento: la colaboración armada entre ellos era demasiado local y esporádica para ser efectiva y el anticomunismo visceral de muchos jefes *chetniks* la hacía inviable. Además, a finales de septiembre, Mihailovich obtuvo el reconocimiento del Gobierno en el exilio como jefe de la Resistencia y representante del rey en el interior.

A comienzos del otoño, el Alto Mando alemán se convenció de que los sucesos de Yugoslavia constituían un grave problema militar y montó una vigorosa ofensiva contra el *soviet* de Uzice. Los partisanos intentaron resistir, pero escasos de armamento y con poca experiencia militar, fueron derrotados.

A mediados de noviembre, el grueso de sus fuerzas tuvo que abandonar Serbia y dirigirse, acosado por el enemigo, hacia el Sanjak y la Bosnia oriental.

Tampoco iban las cosas mejor en Montenegro, donde los excesos revolucionarios realizados en las zonas liberadas por los responsables políticos comunistas, con socialización radical de la tierra y violentas purgas de colaboracionistas, disgustaban a la población campesina y acabaron favoreciendo una contraofensiva italiana —*segunda ofensiva,* como la denominan los historiadores yugoslavos— que hundió la resistencia de los partisanos, que se refugiaron en masa en sus bases de Herzegovina.

Estos fracasos convencieron a Tito de la necesidad de frenar el celo revolucionario de sus hombres y perseverar en la táctica de la penetración rápida, seguida de la dispersión de efectivos y, a comienzos de 1942, los partisanos habían recuperado la iniciativa en muchos sitios. El 21 de enero ocuparon la pequeña ciudad bosníaca de Foca. Desde este nuevo cuartel general, el MLN controlaba el sureste de Bosnia y grandes zonas de Herzegovina y Montenegro. Ello llevó al Alto Mando alemán a planificar una nueva ofensiva, la tercera, que se inició en el mes de abril. Incapaces de resistir, los titistas tuvieron que replegarse hacia el noroeste. Fue una marcha durísima, lastrada por miles de heridos, en el curso de la cual el grueso de las fuerzas partisanas estuvo cerca de la aniquilación. Diezmados por las bajas y las deserciones, los guerrilleros tuvieron que recorrer unos trescientos kilómetros por el interior de Bosnia, hasta alcanzar una región montañosa fácil de defender y en la que las fuerzas de ocupación italiana eran débiles. A lo largo del verano hubo que proceder, una vez más, a recomponer el dispositivo militar y a establecer una *zona liberada.* Pero en pocos meses el ejército partisano se había recuperado, hasta el punto de que a finales de septiembre caía en su poder Jajce y, el 5 de noviembre, la importante ciudad de Bihac, a caballo entre Bosnia y Croacia.

Había llegado el momento de sentar las bases de un nuevo Estado. El 26 de noviembre de 1942, Tito convocó en Bihac a representantes de los Comités de Liberación Popular, entre los que eran mayoritarios los comunistas. De la reunión surgió un Consejo Antifascista de Liberación Nacional de Yugoslavia *(Antifasisticko Vjece Narodnog Oslobodjenja Jugoslavije,* abreviado AVNOJ), una suerte de Asamblea parlamentaria del MNL, con la misión de trazar las bases para la reconstrucción del Estado. La dirección del Consejo fue encomendada al doctor Ivan Ribar, un liberal croata que había presidido la Asamblea Constituyente de 1919. El AVNOJ aprobó un programa de seis puntos que, lejos de los anteriores planteamientos revolucionarios del MLN, garantizaba la propiedad privada y la iniciativa individual, prometía elecciones democráticas tras la victoria y proponía convertir a Yugoslavia en una federación de repúblicas iguales y ampliamente autónomas, en las que serían protegidos los derechos de todas las minorías nacionales.

Cuando la situación de los comunistas yugoslavos parecía más desesperada, dos acontecimientos ocurridos, a finales de 1943, dieron un giro a la situación

Por esas fechas, se ultimó también la organización militar. Desde finales de 1941, el Cuartel General potenciaba la creación de *brigadas partisanas,* unidades que, abandonando su carácter de resistencia local, actuaran conforme a una planificación táctica global que abarcaba toda la Yugoslavia central y occidental. Dirigidas por ex oficiales del Ejército, o por voluntarios de la guerra de España, estas brigadas, un total de veintiocho, encuadradas en ocho divisiones, pasaron a integrar, junto con las pequeñas partidas que operaban en territorio ocupado por el enemigo, el *Ejército Nacional de Liberación y Destacamentos Guerrilleros de Yugoslavia,* cuyos efectivos podían cifrarse a finales de 1942 en unos 150.000 hombres.

El auge del movimiento partisano disparó la alarma en Berlín. En enero de 1943, se concentró una imponente fuerza de ataque en Croacia y Dalmacia: dieciocho divisiones italianas, siete alemanas y siete croatas, a las que luego se sumarían cinco búlgaras. Atacados mediante una maniobra en tenaza, carentes de armamento pesado, los

partisanos respondieron a esta cuarta ofensiva —Operación Blanco, *Weiss*, en la clave alemana— con un nuevo repliegue, y abandonaron la *zona liberada* de Bihac en dirección a Herzegovina. A comienzos de la primavera, los alemanes se dispusieron a asestar el golpe definitivo. A los contingentes multinacionales que rodeaban a los titistas se unieron unos 12.000 *chetniks* que, mandados personalmente por un Mihailovich decidido a acabar con sus rivales, se atrincheraron en el valle del Neretva para cortarles la retirada. Bombardeados por la aviación, atacados por todos los flancos y lastrados por miles de heridos y enfermos, los partisanos consiguieron dispersar a los *chetniks* en Konjic y les persiguieron hasta el noreste de Montenegro. Pero una nueva ofensiva del Eje, la Operación Negro-*Schwarz*-lanzada entre mayo y junio, estuvo a punto de terminar con las fuerzas titistas. Finalmente, los guerrilleros pudieron cruzar con grandes pérdidas el desfiladero de Sutjeska —donde el mismo Tito fue herido— y ponerse a salvo en la Bosnia central, donde procedieron a reorganizarse. El precio pagado por los fugitivos en la primera mitad de 1943 fue enorme: durante las sucesivas retiradas murieron miles de ellos a causa del hambre, las heridas y las enfermedades, especialmente el tifus, y se perdió la mitad del material bélico.

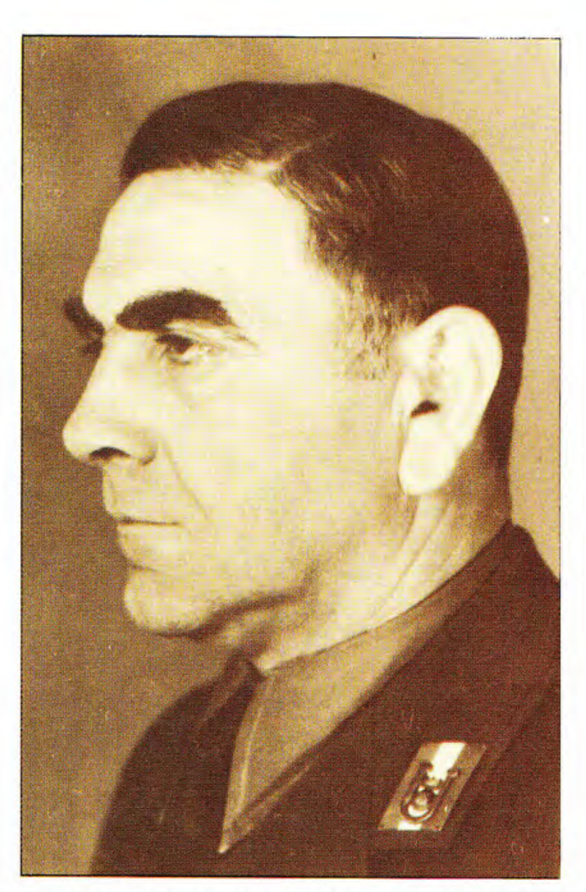
Tito se afianzaba como el hombre fuerte de la nueva Yugoslavia. A comienzos del año 1944 tenía bajo sus órdenes un ejército de 300.000 hombres en su gran mayoría campesinos

La consolidación de la Resistencia

Cuando la situación de los comunistas yugoslavos parecía más desesperada, dos acontecimientos ocurridos en los últimos meses de 1943 dieron un giro a la situación. Primero, el colapso del régimen fascista en Italia, que permitió a los partisanos liberar la casi totalidad de Montenegro y de las islas del Adriático y apoderarse del material de seis divisiones, incluyendo artillería, carros y hasta pequeños buques de guerra, lo que mejoró su situación en Croacia y Eslovenia. Aprovechando el afortunado giro de los acontecimientos, Tito se decidió a dar un importante paso político. En octubre notificó a los ministros de Asuntos Exteriores aliados, reunidos en Moscú, su intención de romper con el Gobierno monárquico y de constituir una Federación de repúblicas yugoslavas bajo un gobierno provisional. Aunque la medida no encontró apoyo en los Tres Grandes, que siguieron reconociendo al Gobierno exiliado, la estrategia del PCY no permitía nuevas demoras. A finales de noviembre se reunió en Jajce la segunda sesión del AVNOJ, que se transformó en el Presidium de un Frente democrático, en el que se integraban diversos partidos y organizaciones sociales. Se constituyó un Comité de Liberación Nacional, auténtico Gobierno provisional presidido por Tito, que fue nombrado Mariscal de Yugoslavia. El Frente rompió, además, con el Gobierno en el exilio, al que negó el derecho a representar al país en el extranjero y prohibió al rey Pedro y a los miembros de su familia retornar a Yugoslavia hasta que, concluida la guerra, una votación popular decidiese el futuro del régimen. Ahondando en el programa de reconstrucción nacional de Bihac, la Asamblea de Jajce acordó la conversión de Yugoslavia en un Estado federal integrado por repúblicas autónomas de *las naciones de Serbia, Croacia, Eslovenia, Macedonia, Montenegro, Bosnia y Herzegovina,* así como la anexión de las zonas de Dalmacia, Istria y Venecia Julia que habían correspondido a Italia en 1919.

Estas decisiones chocaban con los planes del Gobierno real y trajeron a primer término el problema del reconocimiento internacional del Frente Democrático. El rey Pedro había reconocido a Mihailovich como jefe de la Resistencia y le había nombrado general y ministro de Defensa y lo mismo habían hecho los británicos, que desde octubre de 1941 tenían una misión militar acreditada ante el dirigente *chetnik*. Incluso los soviéticos se esforzaban por mantener buenas relaciones con el Gobierno real, y reconocieron durante mucho tiempo la primacía de Mihailovich dentro de la Resistencia. Fieles a esta línea, los líderes de la Komintern





Arriba, Draza *Mihailovich y Ante Pavelic, jefes respectivamente de los* chetniks *serbios y de los* ustashas *croatas. Ambos combatieron junto con los alemanes y sus aliados a los comunistas de Tito, al que vemos en las fotografías inferiores en dos momentos de la guerra de la que salió vencedor absoluto*





intentaron convencer a Tito de que ampliara su alianza política con la inclusión de sectores monárquicos y se sometiera a la autoridad del caudillo *chetnik*. La respuesta a las evasivas del croata fue negar la ayuda militar al movimiento partisano, no obstante lo cual, el Kremlin puso a su disposición algunos medios de propaganda, en especial la emisora *Yugoslavia Libre*, cuyas emisiones controlaban estrictamente los soviéticos.

La liberación

Ante el virtual abandono a que les condenaba Moscú, los comunistas yugoslavos se volvieron hacia Londres. En mayo de 1943, una misión militar encabezada por el coronel Bill Stuart y el capitán F. W. Deakin logró llegar hasta el cuartel general de Tito. Sus informes sobre la combatividad de los titistas y sus denuncias de la colaboración de los *chetniks* con el enemigo convencieron a Londres de que había apostado por el caballo equivocado. En el mes de septiembre, el general Fitzroy Maclean se acreditó ante el AVNOJ como representante del Alto Mando aliado. A finales de año, se suspendió la ayuda aliada a Mihailovich, mientras que los partisanos empezaron a recibirla en cantidades masivas.

La reconstrucción del país, cuya economía estaba destrozada, requería de la ayuda urgente de los aliados, pero la URSS no estaba en condiciones de aportarla

Tito se afianzaba como el hombre fuerte de la nueva Yugoslavia. A comienzos de 1944 tenía bajo sus órdenes un ejército de 300.000 hombres, en su gran mayoría campesinos, agrupados en 97 brigadas y 105 destacamentos independientes, que por primera vez estaban en condiciones de tomar la iniciativa en operaciones de gran envergadura. Pero aun tuvo que arrastrar algunos coletazos enemigos. En el mes de mayo, paracaidistas alemanes estuvieron a punto de capturar mediante un ataque por sorpresa —operación *Rösselsprung,* Salto de Caballo— al mariscal y a su Estado Mayor en su cuartel general de Drvar. Puesto a salvo en Italia por la aviación británica, Tito trasladó su cuartel general a la isla adriática de Vis, bajo la protección de la cobertura aérea y naval de los aliados. Poco después, los partisanos lograban desbaratar la última ofensiva alemana en la Serbia meridional. Ahora estaban en condiciones de pasar al ataque.

En el verano de 1944, el Gobierno británico se decidió a forzar una negociación entre los dos sectores de la resistencia yugoslava. Presionado por Churchill, Pedro II nombró primer ministro al liberal croata Ivan Subasich, abierto partidario de la negociación. Con autorización de su monarca, Subasich visitó a Tito en su cuartel general de Vis, y llegaron a un acuerdo: a cambio de que el rey rompiera abiertamente con Mihailovich, el dirigente comunista retiró el veto a un posible retorno de la Monarquía y acordó coordinar los planes de vuelta a la normalidad política con el Gobierno exiliado en tanto aguardaban a que *la solución final de la organización del Estado se decida por el pueblo después de la liberación del país.* En agosto, Subasich apadrinó la entrevista Churchill-Tito en Nápoles, que reforzó la colaboración anglo-yugoslava, aunque el *premier* británico se negó a reconocer al Comité Nacional de Liberación como Gobierno legal de Yugoslavia si éste no favorecía la restauración monárquica. Tito insistió en dejar la decisión sobre el futuro del país a una consulta popular, pero tranquilizó a su interlocutor afirmando, con cierta dosis de cinismo, que su único objetivo importante era *construir una Yugoslavia federal y democrática y no implantar el comunismo, como afirman nuestros enemigos.* A comienzos del mes siguiente, los acuerdos Tito-Subasich establecían la formación de un Gobierno de unidad nacional, al que se incorporaron dos representantes partisanos, y la celebración de un plebiscito popular, una vez terminado el conflicto. Mientras, el soberano permanecería en el exilio y transferiría sus poderes de jefe del Estado a una Regencia de tres miembros.

Entretanto, la guerra llegaba a su fin en los Balcanes. En Macedonia —abandonada por los búlgaros—, en Kosovo y otras zonas de Yugoslavia se afianzaban los Comités de

Liberación, controlados por el PCY y dispuestos a hacerse con el poder tras la retirada alemana. Tito, que no estaba muy seguro de que la URSS apoyase su continuidad en el poder tras la guerra, viajó a Moscú en septiembre y se entrevistó con Stalin a fin de coordinar el avance de sus tropas con el Ejército Rojo. Dispuesto a adelantarse a la intervención de las fuerzas angloamericanas procedentes de Grecia, que temía restablecieran al rey Pedro en Belgrado, el mariscal aceptó la entrada de unidades soviéticas en su país, pero sólo por el valle del Morava, en dirección a Hungría. El resto de Yugoslavia sería liberada por sus propias fuerzas y los soviéticos la abandonarían apenas concluyesen sus operaciones militares.

A comienzos de febrero de 1945, con la guerra a punto de terminar, los Tres Grandes adoptaron en Yalta, en el marco de la Declaración sobre la Europa liberada, nuevos acuerdos sobre Yugoslavia. En primer lugar, la formación inmediata de un Gobierno de coalición según lo establecido en los acuerdos Tito-Subasich. En segundo lugar, la incorporación al AVNOJ de los parlamentarios de la *Skuptina* de 1938 *no comprometidos con el enemigo,* mayoritariamente monárquicos, a fin de constituir una Asamblea Nacional provisional. Y, en tercer lugar, que esta Asamblea tendría capacidad para revisar toda la legislación elaborada por el AVNOJ durante la guerra. Los acuerdos de Yalta, signados por Stalin, indignaron a los comunistas yugoslavos, que tenían muy presente la suerte de sus correligionarios en la vecina Grecia tras la restauración monárquica efectuada por imposición británica.

Pero lo primero era ganar la guerra. En el otoño de 1944, los partisanos iniciaron una gran ofensiva, en colaboración con los ejércitos soviético y búlgaro, y el 20 de octubre cayó en su poder Belgrado. Mihailovich, que con unos efectivos reducidos a una decena de millares de *chetniks* había intentado oponerse al avance, se retiró a su base de Ravna Gora, donde llevó una vida errante hasta su captura, en marzo del año siguiente. Tras la marcha de las divisiones soviéticas y búlgaras hacia Hungría, con la llegada de la primavera, el Ejército yugoslavo emprendió la ofensiva final, coordinada con la de las fuerzas aliadas en el noreste de Italia. El avance fue lento y costoso, dada la extraordinaria resistencia de los alemanes y de sus aliados locales. Fiume, en adelante llamada Rijeka, fue tomada el 20 de abril y el 1 de mayo los yugoslavos entraban en Trieste, en cuyas proximidades enlazaron con las tropas británicas, y ocuparon la Venecia-Julia oriental. En el centro, el día 8 de mayo las tropas de Tito entraron en Zagreb, que Pavelich había abandonado cuarenta y ocho horas antes, encabezando la huida de unas 400.000 personas que buscaron refugio en territorio del Reich. Del 9 al 15 de mayo, con Alemania ya vencida, se completó la liberación del territorio nacional.

Edvard Kardelj



(Liubliana, 1910-Ljubljana, 1979). Hijo de un ferroviario, estudió Magisterio y a los 16 años se afilió al Partido Comunista. Encarcelado entre 1930 y 1932, residió luego en Checoslovaquia y en la URSS, donde se integró en el equipo de colaboradores de Tito. Vuelto a Yugoslavia en 1937, fue nuevamente arrestado y pasó algunos años en prisión. Al producirse la invasión alemana, organizó el movimiento partisano en Eslovenia. Elegido primer vicepresidente del Comité Nacional de Liberación (1943), fue vicepresidente del Gobierno desde 1945 y se convirtió en uno de los principales ideólogos del régimen, a cuya inspiración se deberían las Constituciones de 1963 y 1974 y la teoría de la autogestión y la política de no alineamiento, que inició siendo ministro de Asuntos Exteriores (1948-54), al producirse la ruptura con Stalin. Vicepresidente de la Federación entre 1954 y 1963, dirigió el ala liberal de la Liga de los Comunistas en la lucha contra los conservadores de Rankovich y fue el impulsor del proceso reformista de los primeros años sesenta. Considerado el sucesor de Tito, fue presidente de la Asamblea Federal (1963-67) y desde 1974 hasta su muerte, miembro del Consejo Ejecutivo Federal. Falleció un año antes que Tito, cuando el sistema comunista presentaba claros síntomas de agotamiento.

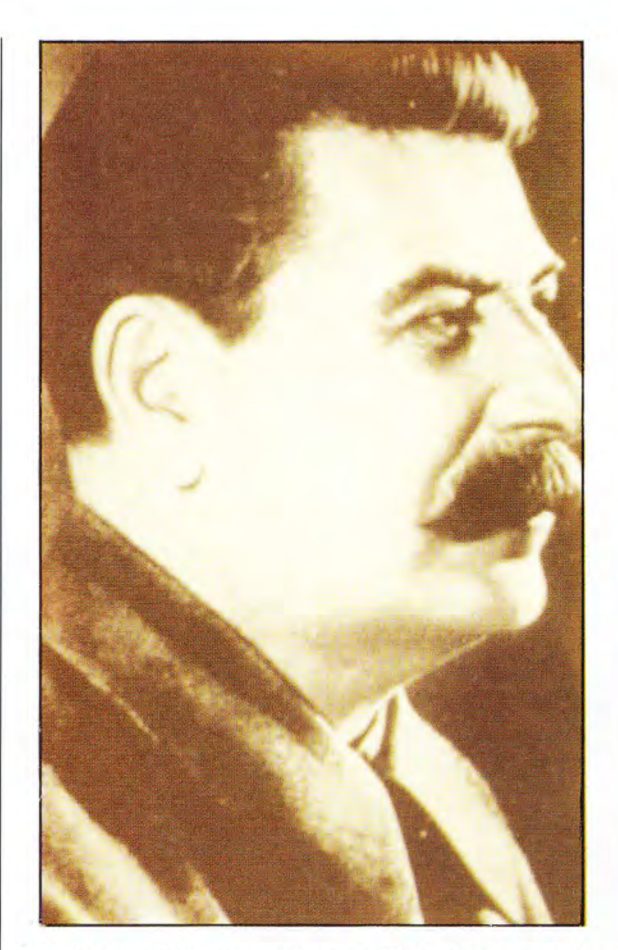
Al acabar la guerra, los comunistas mantenían una posición hegemónica dentro del Frente Democrático, pero su situación no era tan desahogada como en los espacios ocupados por el Ejército soviético. La reconstrucción del país, cuya economía estaba destrozada, requería de la ayuda urgente de los aliados, pero la URSS no estaba en condiciones de aportarla. Un organismo de ayuda de Naciones Unidas, la UNRRA, se encargó de canalizar la vital ayuda exterior, pero, temiendo la injerencia de Estados Unidos y de sus aliados occidentales, que eran quienes realizaban el grueso de las aportaciones, Tito exigió que la ayuda fuera distribuida en exclusiva por la Administración yugoslava, bajo supervisión de un delegado soviético. En realidad, las relaciones con los Aliados fueron francamente malas hasta 1948, y el auxilio prestado por Belgrado a los comunistas griegos que combatían para derrocar al régimen monárquico, junto con la cuestión fronteriza de Trieste, hicieron temer durante algún tiempo a los yugoslavos un ataque anglo-americano. El intento de incorporar a Yugoslavia el puerto adriático había provocado el rechazo de Washington y Londres, que ordenaron a sus tropas impedirlo. Tras dos años de tensión casi bélica, la ONU declaró a Trieste *territorio libre* y lo dividió en una Zona A, ocupada por los británicos, y una Zona B, administrada por los yugoslavos. El contencioso envenenaría durante años las relaciones entre Belgrado y los Aliados occidentales, hasta que en 1954 se llegó a la solución salomónica de repartir las dos zonas entre Italia y Yugoslavia.

Todas estas reformas, tan rápidas como traumáticas, se realizaron al coste de establecer una auténtica dictadura. Tito perfiló un gobierno enteramente comunista

La postguerra

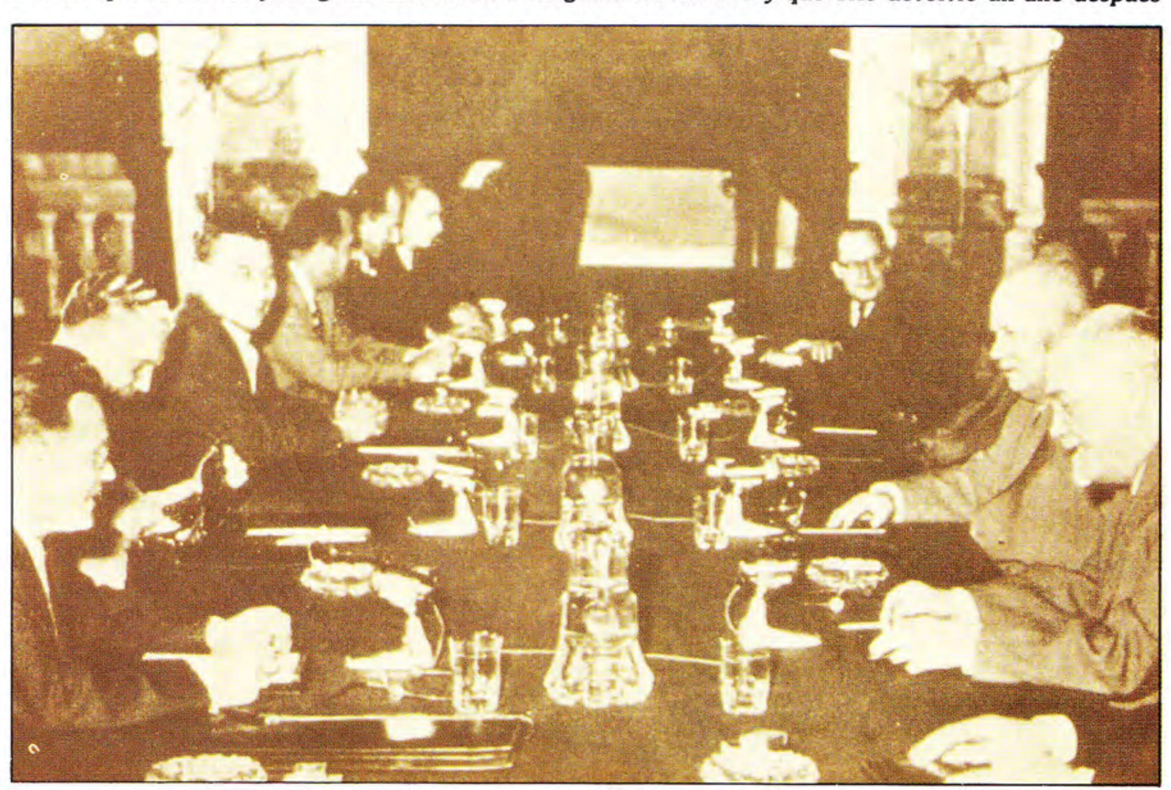
Tras la guerra, era preciso reconstruir el Estado. Entre 1941 y 1945, Yugoslavia había vivido una auténtica guerra civil, en torno a los binomios comunista-anticomunista y resistencia-colaboración, con numerosos bandos en los que las querellas étnicas y religiosas se superponían con frecuencia a las meras lealtades políticas. Los cálculos más recientes sobre las víctimas de la guerra hablan de un millón cien mil muertos —casi el diez por 100 de la población—, de los que unos dos tercios fueron víctimas del enfrentamiento entre yugoslavos. Los partisanos habían combatido a los *ustashi* croatas, a la Guardia Blanca eslovena, a las milicias serbias de Nedich, y a otros varios grupos de colaboracionistas, pero también a los *chetniks,* leales al Gobierno real en el exilio. Estos, a su vez, habían luchado contra los comunistas, en alianza con las fuerzas ocupantes italo-alemanas y con los gobiernos colaboracionistas de Serbia y Montenegro, pero se habían enfrentado a muerte con los filofascistas en Croacia y Bosnia-Herzegovina, donde se calcula que del millón novecientas mil personas que integraban la minoría serbia, unas 350.000 fueron asesinadas por la *Ustasha* y sus aliados musulmanes, en uno de los más espantosos genocidios de la época contemporánea. Ahora llegaba el momento del ajuste de cuentas, que libraría a los comunistas de cualquier oposición organizada. Entre cincuenta y cien mil colaboracionistas y *chetniks* —entre ellos Mihailovich— perderían la vida en los años siguientes en cárceles y campos de concentración, mientras las organizaciones políticas y sociales que no se habían integrado en el Frente Democrático eran prohibidas.

Pese a las presiones de los Aliados, la aplicación de los Acuerdos Tito-Subasich fue imposible desde el principio. Los monárquicos esperaban una etapa de transición, en paridad con el Frente Democrático, pero Tito no estaba dispuesto a compartir el poder ganado con las armas. En marzo de 1945 asumió la presidencia de un Gobierno provisional controlado por los comunistas y que los tres ministros monárquicos no tardarían en abandonar, en protesta por su escasa capacidad de actuación. El Gobierno convocó elecciones a la Asamblea Constituyente e integró a las fuerzas políticas legales en un Frente Popular, controlado por los comunistas, que dio carácter oficial a sus candidaturas. Las elecciones, celebradas en no-





Arriba, José Stalin, izquierda, y Nikita Kruschev, derecha, secretarios del PC soviético. Con el primero rompió relaciones Tito en 1948. Con el segundo se reconcilió en 1955. La foto inferior recoge, precisamente, la visita que Kruschev y Bulganin realizaron a Belgrado en ese año y que Tito *devolvió un año después*



viembre, otorgaron casi un 90 por 100 de los sufragios al Frente, lo que sin duda se debió a las dificultades puestas a la presentación de candidatos opositores, pero también a la extraordinaria popularidad de Tito y del PCY entre la población yugoslava.

La Asamblea Constituyente se reunió el 29 de noviembre, abolió la Monarquía y estableció una República Popular Federal de Yugoslavia. La nueva Constitución, inspirada en la soviética de 1936, se promulgó el 31 de enero de 1946. Establecía una federación de seis repúblicas —Serbia, Croacia, Eslovenia, Bosnia-Herzegovina, Montenegro y Macedonia— y dos zonas autónomas dentro de Serbia: la Voivodina, como provincia autónoma, y Kosovo-Metohija, que adquiría el rango inferior de región autónoma con el nombre de Kosmet. Cada una tendría su propio gobierno y parlamento, pero la Federación contaría con una Jefatura del Estado colectiva —Presidium—, un Gobierno, presidido por Tito, y un Parlamento bicameral. Las repúblicas, legalmente iguales, eran competentes en muchas materias, pero la Administración federal se reservaba las de Defensa, Asuntos Exteriores, Hacienda, Planificación Económica, Justicia y Comunicaciones.

En sus primeros años, el nuevo régimen aplicó al país un modelo de organización inspirado en el soviético. Ya en los últimos tiempos de la contienda, el AVNOJ había adoptado medidas abiertamente socializadoras, como la Ley de Nacionalizaciones de noviembre de 1944, que permitió la expropiación de todas las propiedades de los colaboracionistas y de la población de origen alemán, en manos de quienes se concentraba el 80 por 100 de la industria. En agosto de 1945 se aprobó una Reforma Agraria, que nacionalizó las grandes propiedades, repartió la mitad de la superficie expropiada entre los campesinos pobres y los excombatientes y dio inicio a un proceso de integración de las pequeñas fincas en colectividades agrícolas. Por su parte, la Constitución de 1946 facilitó el marco legal para el establecimiento de un sistema de economía socialista. Dos años después, la industria, la minería, el transporte, la banca, el comercio y la producción agraria habían sido nacionalizados en su totalidad. Una Comisión Federal de Planificación preparó el primer Plan Quinquenal, iniciado en 1947, que conforme al modelo estalinista, otorgó prioridad al crecimiento de la gran industria, en perjuicio de la recuperación del nivel de vida de la población.

Todas estas reformas, tan rápidas como traumáticas, se realizaron al coste de establecer una auténtica dictadura. Tito terminó de perfilar un equipo de gobierno enteramente comunista en el que destacaban Kardelj, responsable de la política exterior; Djilas, de la propaganda; Kidrich, de la planificación ,y Rancovich, de la seguridad, a través del Departamento Gubernamental para la Defensa del Pueblo (OZNA). La oposición, tras las sangrientas purgas de colaboracionistas, era escasa, y en buena medida se concentraba en el exilio, en torno al rey Pedro. La OZNA constituía la base de una polícia política de tipo estalinista, que cortaba eficazmente cualquier brote opositor. En el Parlamento, los pequeños campesinos, que constituían la inmensa mayoría de la población, se oponían a las medidas de colectivización de la tierra, pero el encarcelamiento de su líder, el diputado serbio Dragoljub Jovanovich, en 1947, terminó con sus protestas.

Convocados a una reunión de partidos comunistas en Bucarest para explicar su actitud, los dirigentes yugoslavos sencillamente se negaron a estar presentes

La ruptura con Stalin

Las relaciones entre los comunistas yugoslavos y la URSS siempre habían sido complicadas, pero durante la guerra habían conducido a un mutuo recelo. Los dirigentes soviéticos desconfiaban de la independencia de que hacía gala Tito y de sus sueños de hegemonía balcánica. Este, por su parte, se oponía frontalmente a la injerencia de Moscú en su país y había evitado la presencia del Ejército Rojo durante y después de la liberación. Frente a los sectores del PCY que defendían una obediencia ciega a Stalin, Tito y sus segundos, Djilas y Kardelj, opta-

ban por otra vía que, sin renunciar a la ortodoxia ideológica, les diera mayor libertad de acción y mantuviese a Yugoslavia alejada de una nueva confrontación mundial, que en los inicios de la *guerra fría* se consideraba más que probable. Molesto por el escaso apoyo que le ofrecía la URSS en el conflicto de Trieste, Tito puso dificultades a la creación de empresas mixtas soviético-yugoslavas —método utilizado por los rusos para expoliar las economías de sus *aliados*— y buscó reforzar la seguridad de su país planteando una vieja aspiración de su partido: una confederación de países balcánicos y danubianos. Para ello, viajó por varias capitales de la Europa oriental, intentó establecer un protectorado sobre Albania y buscó la colaboración de Dimitrov, que era ahora el primer mandatario de Bulgaria y que se mostró receptivo a una federación búlgaro-yugoslava. Pero, al enterarse, Stalin vetó el acuerdo, en el que veía un intento de independizar a la región de la tutela soviética.

En los primeros meses de 1948, las divergencias soviético-yugoslavas se agudizaron. El establecimiento en Belgrado de la Kominform, una supuesta Oficina de Información que intentaba suceder a la desaparecida Komintern en la coordinación de los partidos comunistas europeos, fue interpretada por los yugoslavos como una maniobra soviética para controlar mejor su política nacional. El Gobierno comenzó entonces a dificultar los movimientos de los numerosos asesores económicos y agentes políticos que mantenía la URSS en el país. Como medida de presión, Moscú aplazó en marzo la revisión del tratado bilateral de comercio y retiró a sus asesores. Tito respondió expulsando de su Gobierno a los ministros considerados más favorables a los soviéticos. Ello culminó el proceso de ruptura. Convocados a una reunión de partidos comunistas en Bucarest para explicar su actitud, los dirigentes yugoslavos se negaron a asistir, por lo que el 28 de junio, se anunció la expulsión del PCY de la Kominforn *por haber pasado del socialismo y la democracia al nacionalismo pequeñoburgués* y por su *actitud poco satisfactoria* con respecto a la Unión Soviética y se animó a *los elementos sanos* del partido a *cambiar la dirección existente y a promover otra, internacionalista.* La URSS y sus aliados rompieron sus relaciones con Yugoslavia y la sometieron a un cerco diplomático y militar. La acusación de *titismo,* como antaño la de trotskismo, se convirtió en todas partes en la mayor *herejía* que cabía achacar a un comunista, el motivo ideal para purgar política e incluso físicamente a aquellos de quienes se sospechaba tibieza en su lealtad a la Unión Soviética o a Stalin.

Entre 1948 y 1955, cuando la visita de Kruschev a Belgrado inició el deshielo, Yugoslavia fue un adversario declarado para el

Milovan Djilas



(Polja, Montenegro, 1911). Estudiante de Derecho en Belgrado, se afilió al Partido Comunista, y estuvo encarcelado entre 1931 y 1936. Al salir de la prisión, se convirtió en uno de los más estrechos colaboradores de Tito e ingresó en el Comité Central en 1937. Durante la Segunda Guerra Mundial, fue responsable político de las fuerzas partisanas en Montenegro y resultó designado miembro del Politburó del PCY. A partir de 1945, fue uno de los secretarios del Partido y se convirtió, junto con Kardelj, en la mano derecha de Tito y en uno de sus posibles sucesores. Desempeñó un destacado papel en el proceso de ruptura con la Unión Soviética en 1948. Vicepresidente del Gobierno, en 1953 asumió la presidencia de la Asamblea Federal, pero un año después entró en conflicto con Tito por motivos ideológicos. Privado de sus cargos y expulsado del partido, fue encarcelado en 1955, y, dos años después, su libro *La Nueva Clase,* donde criticaba duramente los privilegios de la burocracia comunista, le supuso una condena de siete años de cárcel. Otro libro, *Conversaciones con Stalin,* publicado en 1962, le costó otra condena de cinco años, aunque fue amnistiado en 1966. Desde entonces, Djilas reside en Belgrado, apartado de la política activa, pero ha publicado varios libros y colabora frecuentemente en la Prensa europea, en la que es un reconocido analista de la realidad y la historia de su país.

campo socialista. La retirada de la ayuda soviética frustró los objetivos del Plan Quinquenal, ya demasiado ambiciosos, y hundió al país en una grave crisis económica. Pero los yugoslavos respondieron reforzando su adhesión a la figura de Tito, cuyo prestigio como padre de la nación era cada vez más indiscutido. Numerosos estalinistas, como Andrija Hebrang y Arso Jovanovich, denunciados como *agentes de la Kominform,* fueron expulsados del partido y encerrados en campos de concentración, mientras los partidarios de la vía nacionalista, encabezados por Kardelj y Djilas, se imponían en las filas del partido y del ejército. Para Estados Unidos y sus aliados, el cisma yugoslavo fue un descubrimiento. Yugoslavia era ahora un Estado-tapón volcado en su autodefensa y obligado a mantener una estricta neutralidad, que impidiera a ninguno de los bloques atentar contra su independencia. En ello iba a encontrar el país balcánico la garantía internacional a su supervivencia, que sólo romperían las potencias occidentales tras la muerte de Tito.

La secesión de Yugoslavia del campo de la ortodoxia comunista obligó a su régimen a plantearse el desarrollo de nuevos cauces de política interior y exterior, que permitiesen avanzar hacia un modelo casi autárquico de socialismo, muy distinto al estalinismo, y afianzaran el cuidadoso equilibrio que sería preciso mantener entre los dos bloques geopolíticos. El ideólogo de esta etapa fue Edvard Kardelj, cuya fórmula podría resumirse en la descentralización política y la potenciación de los mecanismos federales, una mayor participación de la población en las decisiones administrativas y un nuevo sistema económico, basado en la autogestión de los entes productores.

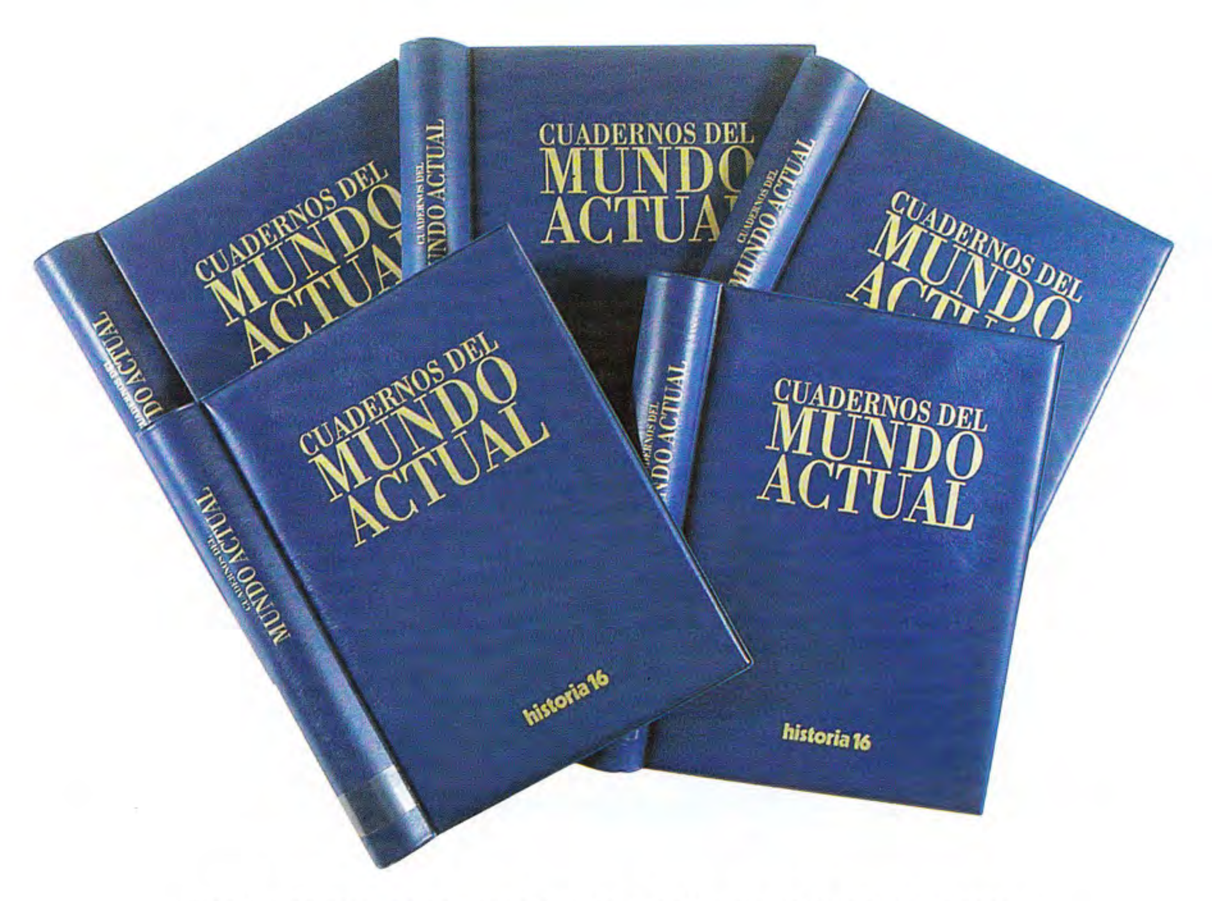
El nuevo modelo económico yugoslavo permitió un considerable desarrollo, más armónico que el que hubiera posibilitado la primitiva planificación de tipo estalinista

La planificación quinquenal al estilo soviético fue abandonada en 1952, en beneficio de otra más flexible, con objetivos anuales y una mayor libertad de gestión para las empresas. Perdido el mercado de la Europa oriental, el comercio yugoslavo se orientó decididamente hacia los países capitalistas, y no tardó mucho Estados Unidos en ser su principal socio financiero y comercial, aunque ello no implicó merma alguna en la autonomía económica y política del país balcánico. En cuanto al sistema de autogestión, concitó en sus primeros tiempos un considerable entusiasmo entre la población y granjeó al titismo numerosos y duraderos apoyos entre los sectores de opinión más progresistas de todo el mundo. Ya en 1949 se establecieron consejos obreros en las fábricas y, tras la promulgación en junio del año siguiente de la Ley Básica de Gestión de las Empresas Económicas Estatales y de las Asociaciones Económicas Superiores por las Colectividades de Trabajadores, los consejos tuvieron capacidad para elegir a los directores y para fijar algunos objetivos de producción. En el campo, donde el sector privado había sobrevivido en precarias condiciones a la breve etapa de colectivización forzosa, se restableció la propiedad individual en el 80 por 100 de la superficie cultivada, si bien se limitó a fincas de hasta diez hectáreas y con un máximo de cinco trabajadores asalariados. En el plano político, la reforma constitucional de 1953 creó un Consejo de Productores en el seno de la Asamblea federal, redujo el poder de los aparatos centrales de la Administración y del partido, y concedió una mayor autonomía a las repúblicas, mientras que en el interior de éstas se introdujo también un proceso de descentralización, otorgando más capacidad decisoria a las Comunas o asambleas locales.

Descentralización y liberalización económica

El nuevo modelo económico permitió un considerable desarrollo, mucho más armónico que el que hubiera posibilitado la primitiva planificación de tipo estalinista. Tras superar la grave crisis producida por la ruptura con la URSS, la economía yugoslava experimentó en la segunda mitad de los años cincuenta y los primeros sesenta uno de los crecimientos más rápidos del mundo —superior al 10 por 100 anual— debido al incremento

Para consultarlos mejor



Desde hace algunas semanas hemos puesto a la venta en los quioscos las TAPAS para autoencuadernar los CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL. El precio de venta al público de cada tapa es de 950 pesetas. Si usted prefiere recibirlas cómodamente en su casa (sin gastos de envío) basta que rellene el cupón adjunto. El pedido mínimo debe ser de cinco tapas.

Recorte este cupón y envíelo a: HISTORIA 16. Calle Rufino González, 34 bis. 28037 Madrid.

Deseo recibir cinco tapas de CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL por un importe total de 4.750 pesetas.

La forma de pago que elijo es la siguiente:

☐ Talón adjunto a nombre de INFORMACION E HISTORIA, S. L.

☐ Giro postal a INFORMACION E HISTORIA, S. L. Calle Rufino González, 34 bis. 28037 Madrid.

Don: ....

Calle:..

D. P.:...................................... Localidad: ....

Esta oferta es válida sólo para España.

de la producción agraria y a la apertura de nuevos mercados, en una coyuntura internacional favorable. Esta fue la época de mayor popularidad de Tito entre sus conciudadanos. El veterano líder, que ya ocupaba la jefatura del Gobierno y la dirección de las Fuerzas Armadas y de organizaciones tan poderosas como el partido comunista y la Federación de Combatientes de la Guerra de Liberación, había sido elegido presidente de la Federación en enero de 1953.

El tecnocratismo titista alcanzó su apogeo en la primera mitad de los años sesenta, y culminó con las reformas de 1965, que introdujeron la *economía socialista de mercado,* desmantelando la planificación central, que había seguido imperando en las grandes decisiones estratégicas e introduciendo mecanismos de competencia tanto internos como exteriores, con el propósito de mejorar los rendimientos: liberalización del comercio y de las inversiones extranjeras, moneda convertible, renuncia al mantenimiento del pleno empleo, mayor autonomía para las empresas, a fin de fomentar una mayor competitividad y mejorar su rendimiento. Se abrieron las fronteras, y el turismo se convirtió en una rica fuente de ingresos, mientras la salida masiva de excedentes de mano de obra hacia los países del Mercado Común aliviaba la presión demográfica y aportaba una elevada cantidad de vitales divisas. En adelante, el desarrollismo yugoslavo mantendría altas tasas de crecimiento económico y una continua mejora del nivel de vida de la población, al precio de una elevada inflación y un progresivo y creciente endeudamiento exterior.

La nueva Constitución de 1963 introdujo cambios sustanciales. Yugoslavia dejó de ser una democracia popular para adoptar la fórmula de Estado socialista

Pese a sus logros, el modelo autogestionario acabó mostrando graves carencias. Funcionó bien durante casi dos décadas, pero a finales de los años sesenta se había creado un tejido de intereses entre los dirigentes empresariales, que tendían a la concertación monopolística, frecuentemente en colaboración con la tecnocracia gubernamental, reacia a ceder el control sobre la gestión de la economía. Por otra parte, la capacidad decisoria de los trabajadores en sus empresas se traducía con frecuencia en la toma de decisiones poco afortunadas. A ello se unía el hecho de que Yugoslavia nunca había sido una gran potencia económica y que la recuperación de la posguerra, realizada sin una masiva contribución exterior, no había permitido consolidar un aparato productivo moderno. De forma que la falta de capitales y de tecnología, junto con la burocratización y cierta indefinición de los mecanismos de mercado, contribuyeron a ralentizar el crecimiento económico y serían determinantes en la crisis del sistema autogestionario, patente en la última década de vida de la Federación Yugoslava.

La descentralización política no implicó, por otra parte, una democratización real del país. Como otros dictadores de su tiempo, Tito poseía una idea muy personal de la autoridad, y su formación política comunista y la conciencia del carisma que implicaba su liderazgo sobre la nación no le hacían precisamente receptivo hacia las corrientes de opinión contrarias a su régimen. El PCY había adquirido una extraordinaria influencia sobre la sociedad y ejercía un control efectivo sobre todos los ámbitos de la vida pública: en 1950 contaba con 468.175 militantes, otros 51.612 aspirantes y 331.940 miembros de la Juventud Comunista, de los que sólo el 30 por 100 eran obreros. La reforma de 1952 convirtió al PCY en la Liga de los Comunistas Yugoslavos, que se organizó conforme a un modelo descentralizado: cada república contaba con su LCY autónoma, y las Fuerzas Armadas tenían su propia Liga. Esta descentralización facilitaba el control de Tito, líder indiscutible, y de sus colaboradores de Belgrado sobre el conjunto del sistema político. El Frente Popular fue transformado en la Alianza Socialista del Pueblo Trabajador, pero en definitiva se mantuvo como un mero instrumento de la LCY.

Junto con las reformas económicas, la Constitución de 1963 introdujo cambios sustanciales. Yugoslavia dejó de ser una *democracia popular* para adoptar la fórmula de *Estado socialista.* Se estableció un *principio de rotación* para todos los cargos, ex-

cepto la presidencia de la Federación, virtualmente vitalicia. En cambio, Tito abandonó la jefatura del Gobierno. La Asamblea Nacional fue dividida en cinco subcámaras, y se profundizó el proceso de federalización otorgando mayores competencias a la Cámara de las Nacionalidades, convertida en activo foro de debate sobre los complicados problemas nacionales de Yugoslavia. Ello trajo un incremento del enfrentamiento entre los *liberales*, dirigidos por Kardelj y partidarios de profundizar la descentralización y el no alineamiento, y los *conservadores*, prosoviéticos y apegados a los esquemas centralistas. Tito, que se beneficiaba de su papel mediador, tuvo que intervenir en 1966, cuando los derrotados conservadores dieron muestras de intentar imponer sus ideas por la fuerza. En la purga que siguió, los elementos prosoviéticos, entre ellos uno de los vicepresidentes del Gobierno y secretario de organización de la LCY, Alexander Rankovich, que dirigía a la poderosa policía política, fueron desplazados de los centros de poder. Por su parte, la disidencia no marxista continuó siendo escasa, pero a mediados de los años cincuenta se produjo un caso notable. Milovan Djilas, uno de los intelectuales de mayor prestigio del partido, brazo derecho de Tito y uno de sus posibles sucesores, asumió una postura crecientemente crítica contra lo que consideraba el anquilosamiento progresivo del sistema y la consolidación de una burocracia tecnocrática, cuyos mecanismos de poder denunció en su libro *La nueva clase* (1957). Ello le costó nueve años de cárcel, pero a su salida siguió siendo uno de los críticos más lúcidos de la dictadura yugoslava, junto con el escritor Mihajlo Mihajlov, también preso político desde el año 1967.

Líder del No Alineamiento

Una de las preocupaciones fundamentales de Tito tras su ruptura con Stalin fue mantener a Yugoslavia fuera de los bloques político-militares, facilitando una política de *coexistencia pacífica* en Europa. Después de 1948, las relaciones políticas, económicas y culturales con los países socialistas se vieron interrumpidas por el bloqueo soviético por lo que, tras un difícil período de aislamiento, Yugoslavia se acercó a los países occidentales, y desde los primeros años cincuenta incrementó su comercio con ellos, al tiempo que recibía vitales créditos de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, así como

Las mujeres de Tito

Pese a lo agitado de su existencia, el mariscal gustaba de la vida familiar, y supo separar su vida pública de la privada. En la vida de Tito hubo cuatro mujeres, todas más jóvenes que él y, según los testimonios de su entorno, todas de un considerable atractivo físico. La primera fue su esposa rusa, una jovencísima bolchevique llamada Pelagia Bielusova, a quien conoció en azarosas circunstancias en 1918, y con la que contrajo matrimonio dos años después. Pelagia siguió a Tito en su retorno a Croacia, y el matrimonio tuvo tres hijos. Pero cuando el dirigente comunista fue condenado a una larga estancia en la cárcel, en 1928, ella retornó a la URSS con el único vástago superviviente, Zarko. Allí obtuvo el divorcio y volvió a casarse, mientras el niño era recluido en un orfanato. Para Tito ello fue un duro golpe y, según Djilas, sus colaboradores evitaban luego cuidadosamente que se le mencionara el asunto.

En 1937 conoció a Herta Has, una estudiante eslovena, militante comunista. Tito se casó con ella y tuvo dos hijos, pero la vida en común de la pareja fue breve y estuvo condicionada por la clandestinidad y luego por la guerra. En 1941, Tito conoció a otra estudiante, la serbia Dvornjanka Paunovich, conocida como Zdenka, de la que se enamoró y a la que convirtió en su secretaria personal. Sus relaciones, contrarias a la moral comunista de la época, provocaron cierto escándalo, máxime cuando el mariscal no quiso divorciarse de Herta. Finalmente, Zdenka murió en 1946. Poco después, conoció a una joven de veintitrés años, Jovanka Budisavljevich, también serbia, con quien contrajo matrimonio en 1952. Pese a su carácter discreto, Jovanka terminó aficionándose a la política, y se vio complicada en las maniobras de los sectores conservadores y proserbios. Sus últimos años con Tito estuvieron marcados por la separación y el desengaño.

ayuda para levantar una importante industria militar propia. En los Balcanes, la diplomacia yugoslava se orientó a contener una posible agresión del Pacto de Varsovia aproximándose a los países de Grecia y Turquía, miembros de la OTAN, con quienes concertó los pactos defensivos de Ankara (1953) y Bled (1954).

El deshielo con el bloque soviético se inició en 1955, cuando en plena desestalinización, Kruschev visitó Belgrado y se reconcilió con Tito, quien devolvería la visita un año después. A partir de entonces, las relaciones de Yugoslavia con el bloque socialista se normalizaron y se restableció la cooperación económica, si bien hubo momentos de fuertes tensiones, como, por ejemplo, las invasiones soviéticas de Hungría y Checoslovaquia, y el régimen titista insistió en mantener su peculiar vía al socialismo y negó a la URSS su autoproclamado papel de centro dirigente del comunismo internacional.

El peculiar modelo neutralista yugoslavo permitió a Belgrado convertirse en uno de los polos del Movimiento de Países No Alineados, integrado fundamentalmente por los Estados surgidos de la descolonización, para los que la política de coexistencia y neutralismo que preconizaba el país balcánico era un modelo a seguir. En este campo, Tito jugó una baza fundamental, que otorgó relevancia a su papel de estadista y de figura de la política internacional. Durante los años 1954 y 1955, el mariscal realizó varios viajes a Asia y Africa y sentó las bases del Movimiento, que se constituyó formalmente en la localidad yugoslava de Brioni, en 1956. Desde entonces, Tito fue, junto con el indio Nehru y el egipcio Nasser, uno de los líderes de la tercera vía frente a los bloques, adalid de la descolonización y de las políticas de desarrollo para el Tercer Mundo amparadas por la ONU. A lo largo de tres décadas, Tito fue la cabeza de una activa diplomacia, que le llevó a viajar por numerosas capitales y a entrevistarse con dirigentes de todo el mundo. En este sentido, jugó un papel clave en las sucesivas cumbres del MNA (Belgrado, 1961; El Cairo, 1964; Lusaka, 1970, etcétera), en las que defendió un Tercer Mundo no alineado, frente a quienes veían en la Unión Soviética el líder natural en la lucha contra el neocolonialismo.

La crisis de los nacionalismos

La Yugoslavia de finales de los años sesenta se parecía ya muy poco a la que habían reconstruido Tito y sus partisanos. El poder económico y político comenzaba a pasar a manos de una generación que no era la del mariscal, y que tendía a respetar menos su carisma. Como en otros sistemas autoritarios, el turismo, la emigración y el aumento del nivel de vida generaban en los intelectuales, los estudiantes y algunos sectores de las elites sociales expectativas de cambio y de liberalización que el sistema, políticamente anquilosado, no parecía capaz de resolver. Resurgía, además, la cuestión de las nacionalidades, acallada en los años del esfuerzo de la reconstrucción, pero que ahora se manifestaba a través de las rivalidades étnicas y del rebrote de los particularismos insolidarios de las minorías.

La Yugoslavia de finales de los años sesenta se parecía ya muy poco a la que habían reconstruido Tito y sus partisanos y el carisma de Tito se diluía

En la primavera de 1968, los ecos del Mayo francés y de la Primavera de Praga desencadenaron un movimiento estudiantil, que halló un portavoz en la revista *Praxis,* editada en Zagreb, desde la que intelectuales marxistas demandaban un *socialismo con rostro humano,* similar al checoslovaco, que profundizase la autogestión y la descentralización y criticaban la *burocracia roja* en que habían degenerado los envejecidos cuadros comunistas. En junio, los estudiantes de Belgrado y otras universidades se lanzaron a la calle, pero fueron duramente reprimidos, y los docentes más críticos apartados de sus cátedras. En Kosovo, la población de origen albanés, mayoritaria, provocó graves desórdenes en demanda de una república propia, y logró que la región fuera elevada a la categoría de provincia, con lo que obtuvo mayor autonomía respecto de Serbia. Ese mismo año, la República de Eslovenia planteó

Arriba, funeral del mariscal Tito. Su entierro sepultó con él su idea de Yugoslavia. Ya a lo largo de la última década de su vida comenzaron a vislumbrarse las diferencias que estallarían en 1991

un difícil conflicto de competencias al negarse a adoptar un plan de obras públicas preparado por el Gobierno federal. Pero, con todo, los acontecimientos más trascendentales tuvieron lugar en Croacia, y son conocidos como la *Primavera croata*. En esta región, una de las más ricas del país, el rebrote del nacionalismo se traducía en el rechazo a la hegemonía de los elementos serbios en la Administración, y en una demanda de mayor descentralización económica y cultural. A partir de 1967, el conflicto se centró en la cuestión lingüística y en el rechazo a la inmigración procedente de otras repúblicas menos desarrolladas. En noviembre de 1971, los estudiantes de Zagreb y de otras ciudades organizaron manifestaciones y huelgas en las que se traslucían los postulados del nacionalismo más radical. Los dirigentes croatas se vieron superados por los acontecimientos y hubo de ser el propio Tito quien adoptara la decisión de reprimir por la fuerza el movimiento. A finales de año, la protesta había sido acallada y el aparato regional de la LCY ampliamente purgado.

La *Primavera croata* fue posible, entre otras cosas, por el proceso de reformas iniciado a raíz de la crisis de 1968, pero, a su vez, contribuyó a acelerarlo. Tito, que era casi octogenario, poseía aún suficientes reflejos como para apreciar la necesidad de una reforma profunda del sistema, que evitase la ruptura de la convivencia nacional. El IX Congreso de la LCY, celebrado en 1969, fortaleció la autonomía económica y administrativa de las repúblicas lo que, sin embargo, incidiría en un muy nocivo aumento de las desigualdades entre el norte y el sur. En 1970 se inició la redacción de una nueva Constitución, mientras la Asamblea Federal aprobaba enmiendas a la entonces vigente, a fin de aumentar las responsabilidades administrativas de repúblicas y municipios. No obstante, tras la crisis croata, el mariscal impulsó una campaña —calificada de mini-revolución cultural— de renovación en los aparatos gubernamentales de las repúblicas y en la LCY, que llevó a la expulsión de varios miles de altos cargos y militantes, acusados de liberalismo, de *fraccionalismo* nacionalista o de tecnocratismo, y a la promoción de numerosos dirigentes jóvenes salidos de las filas de la Liga. En el curso de esta movilización en favor del retorno a la ortodoxia de la dictadura del proletariado, caería *Praxis*, que había resistido las tormentas de 1968 y 1971.

Los últimos años de Tito

Sin embargo, era imposible una vuelta atrás. En 1974 se aprobó una nueva Constitución, inspirada por Kardelj y sus seguidores del ala reformista. La Constitución, un farragoso y casi inaplicable texto de 430 artículos, venía a ser una suerte de testamento político de Tito y que tenía como principal objetivo mantener la unidad nacional tras su previsiblemente próxima desaparición. Este se convirtió en jefe del Estado vitalicio —ya era presidente de la LCY con tal carácter—, pero a su muerte la dirección de la Federación recaería en un organismo colegiado, el Consejo Ejecutivo Federal, integrado por los presidentes de las repúblicas y provincias, con derecho de veto y rotación anual del titular de la jefatura del Estado. El proceso de confederalización se reforzaba, al otorgar aún mayores competencias a los miembros de la Federación y reconocerles el derecho a la secesión, no obstante lo cual, se fortalecía el papel del Ejército como garante de la unidad nacional. Por otra parte, la Constitución, y luego la Ley de Trabajo Asociado de 1976, universalizaron el sistema autogestionario, en unos momentos en los que comenzaba a mostrar graves fallos. La Ley depositaba en manos de los trabajadores —o, más genéricamente, de *la sociedad*— la propiedad y la gestión de las empresas y establecía un complicado mecanismo de representación laboral a través de las Organizaciones de Base del Trabajo Asociado (OBTA), que determinaban la elección de los dirigentes empresariales. De igual modo, los municipios se sometían al principio de autogestión, descargando a la Federación y a las repúblicas de buena parte de sus competencias en materia social y se creaban *Comunidades autogestionarias de interés* (SIZ), para orientar las prioridades del consumo colectivo a escala local.

Tras la aprobación de la Constitución de 1974, el anciano Tito traspasó casi todas sus competencias al Consejo Ejecutivo Federal, órgano colectivo de gobierno, y se reservó las puramente representativas, entre las que siguió cultivando con preferencia la representación internacional de Yugoslavia. En 1976 participó en la cumbre de partidos comunistas en Berlín, donde defendió el policentrismo frente a la *doctrina Breznev*, y todavía en 1978 realizó un viaje oficial a los Estados Unidos. Su salud, sin embargo, se



Sarajevo, la que fuera una hermosa ciudad, hoy se ha convertido en un campo de ruinas, de miseria y hambre

resentía, mientras la Federación se veía sometida a pruebas cada vez más duras.

La crisis económica internacional iniciada en 1973 incidió negativamente en Yugoslavia, cuyo endeudamiento exterior se disparó —llegaría a los 20.000 millones de dólares al final de la década— mientras aumentaba el paro, se reducía el comercio y decrecían los ingresos por turismo. La insolidaridad entre las repúblicas ganaba terreno conforme sus elites políticas, en las que el comunismo iba cada vez más estrechamente vinculado al nacionalismo, se iban haciendo con los resortes del control de sus economías. Cuando el Gobierno federal quiso poner en marcha un Fondo Federal para el Desarrollo Acelerado de las repúblicas Subdesarrolladas, a fin de ayudar a regiones con niveles de extrema pobreza —como Kosovo y Macedonia—, las repúblicas ricas, Eslovenia y Croacia, boicotearon la medida, que consideraban perjudicial para sus más que aceptables niveles de crecimiento.

Estaban sentadas ya las bases para el proceso de disolución que llevaría a la desaparición de la Federación yugoslava en 1991. Pero pocos de los dirigentes de la generación de Tito quedarían para contemplar la ruina de su obra. Kardelj, el ideólogo que había tejido una y otra vez el andamiaje de la federación, murió en 1979. El mariscal no le sobrevivió mucho. Tras una larga enfermedad, falleció en Liubliana, la capital de Eslovenia, a los 88 años, el 4 de mayo de 1980.

B I B L I O G R A F I A

Sobre la figura de Tito existen dos biografías traducidas al español. La de Ph. Auty, *Tito,* Barcelona, Bruguera, 1971, es la más completa, pero concluye a finales de la década de los sesenta. M. Djilas, colaborador y luego adversario del mariscal, hace en su *Tito. Biografía crítica,* Barcelona, Plaza & Janés, 1982, un agudo estudio del personaje, pero el libro resulta caótico y demasiado anecdótico. Un enlace británico de Tito, F. W. D. Deakin, ha dejado un retrato del mariscal durante la guerra en *Tito en la Resistencia,* Barcelona, Gandesa, 1974 (el título original es *The Embattled Mountain).* Entre las biografías más recientes, son interesantes las de E. Guikovaty, *Tito,* París, Fayard, 1979 y St. Pavlowicht, *Tito: Yugoslavia's Great Dictator,* Londres, C. Hurst, 1992. Un breve estudio de su pensamiento, en G. Mollet, *El socialismo según Tito,* Barcelona, Dopesa, 1973. Sobre la Yugoslavia de Tito hay una abundante literatura. A modo de ejemplo, señalaremos: J. Djorjevich, *Yugoslavia, democracia socialista,* México, Fondo de Cultura Económica, 1961; G. Care, *La economía yugoslava,* Barcelona, Nova Terra, 1964; Br. Horvat, *Socialismo y economía en Yugoslavia,* Buenos Aires, Periferia, 1974; B. D. Denitch, *The Legitimation of a Revolution; the Yugoslav Case,* Yale Univ. Press, 1976; D. Wilson, *Tito's Yugoslavia,* Cambridge Univ. Press, 1979; D. Plestina, *Regional Development in Communist Yugoslavia,* Boulder, Westview Press, 1992; L. Sekelj, *Yugoslavia: the Process of Disintegration,* Nueva York, Columbia Univ. Press, 1992 (abarca el periodo 1961-1990); S. Ramet, *Nationalism and Federalism in Yugoslavia, 1962-1991,* Indiana Univ. Press, 1992.

CUIDA

el

Ozono

